



LA VIDA Y LOS LIBROS

670428

Isabel Edwards: "Cartas a un ladrón"

Por Ignacio Valente

No es que este libro inicial alcance de por sí una expresión inconfundible o redonda; pero, en su imperfección primeriza, es una grata sorpresa el arranque, tan libre y personal, de una autora que es hija de su alma y de sus sueños, no de sus lecturas o de sus esfuerzos literarios.

Estos breves cuentos tienen el encanto de un sello original que nos remite, más que a influencias o categorías culturales, a la propia persona, a la intensidad de un mundo personal, fresco y limpio, que no ha sido penosamente construido en el trance verbal, sino que brota espontáneo y virgen, como si no hubiera apenas "literatura" en su creación.

De allí el carácter discontinuo e imprevisible de su prosa, que avanza al ritmo de pinceladas, intuiciones, golpes expresivos, sugerentes de una libertad que ignora el metanarrativo, la técnica y sabe ser la pura sí misma. Hay una calidad poética y una sensibilidad pictórica de signo impresionista en este procedimiento. Se rusa entonces lo arbitrario, el impulso del capricho, la ocurrencia gratuita y, sin embargo, este peligro es conjurado por una intuición que, muy femininamente, sabe lo que quiere sin necesidad de una trabazón lógica de las piezas.

Su mundo no es un mosaico que reconstruya la realidad dada: es un universo femenino que trasciende las verosimilitudes y las objetividades del mundo exterior, tomando de él los elementos reales, las graves presencias, los verdaderos personajes para traspasarlos con un hilo conductor que tiene sus propias leyes: las asociaciones maravillosas de la infancia, la lógica interior de los sentimientos, la coherencia de una muy personal asimilación del devenir en torno a sí.

El primer cuento, el más largo, es en realidad una serie de cartas —y sus respuestas— que la autora cruza con quien le ha robado sus manuscritos y, a través de ellos, quiere y no puede apropiarse también del alma de sus personajes. Estos son liberados y corrompidos por el ladrón que da su nombre al libro. La ficción pirandelliana roza la alegoría y la ocurrencia gastada, adulescente y sin embargo, algo —la liturgia y la sinceridad del tratamiento, la justeza del estilo epistolar— salva el relato y confiere realidad a la convención de los personajes, que salen del libro, no ya en busca de autor, sino de otras aventuras.

Los cuentos que siguen, contruidos sobre una forma más realista, son a mi parecer los más logrados. Los dones poéticos de la autora no se derraman, entonces, en la imprecisión del sueño o del recuerdo, sino que se constriñen a la exigencia de potenciar situaciones verosímiles, cotidianas, triviales, opacas, africanas, desvelos lejanos de ternura y de humanidad. Subrayo entre estos relatos "El bus", "Edificio" y "Un papel en blanco"; habría también otros dignos de mención. La sustancia narrativa es muy delgada; una costurera que sube al bus, el encuentro frustrado de un cuarentón convencional con una muchacha ligera, el domingo de un antihéroe enamorado... El transcurso de esta leve materia argumental deja a su paso una simple resonancia suspendida en la atmósfera, el dejo de una vibración humana, un eco, un resaca que no es casada y lo es toda en su encanto expresivo.

El tránsito hacia los cuentos finales de la infancia, más fantásticos y oníricos, viene dado por un relato de aspecto kafkiano, que a partir de una frase hecha —la humorística del canchero— desarrolla la metamorfosis de un anciano veraniego en el cuerpo mineral y marítimo del crustáceo, luego en la eternidad de una caracola. Estas imaginaciones metalógicas, sin embargo, se parecen poco a los despliegues habituales del tema kafkiano, sobre todo porque la autora aligera el proceso de toda carga angustiosa; al contrario, lo reviste de un toque poético y femenino de optimismo, de reconciliación con los elementos terrores. La metamorfosis no es aquí una pesadilla, sino un dulce sueño telórico y encantado.

Los cuentos de la infancia mezclan un talento onírico y poético de singular fuerza con un desprendimiento excesivo de las verosimilitudes. Algunos de ellos, entonces, se pierden en prosas poéticas, en meras descripciones de sueños o elaboraciones de la memoria, que se deslitan por la ausencia de un conflicto real que los haga reconocibles. Sin embargo, allí donde los sueños o los recuerdos transferidos de la niñez convierten una relación expresiva con sentimientos actuales o con experiencias universales —por ejemplo, en "El Juicio Final" y "La marmota"— se consigue una atmósfera convincente, donde los procedimientos surrealistas refuerzan la impresión de realidad de la vivencia original.

Isabel Edwards nos ofrece, en este 1er libro algo mejor que la observación exacta del mundo circundante: el trasunto expresivo de una delicadeza de alma, de una calidad espiritual, de una conciencia donde el universo exterior se anuda con singular intensidad poética y moral. Estos no son cuentos que, aproximadamente, hubiera escrito otra persona en sus circunstancias; son la irracionalidad personalísima de un mundo interior que no es nuestra convencional. Fueron amigos a su existencia por las mil redes del recuerdo, del sueño, del estío, de la visión. En su obra futura, sabrá destilarse más de sus memorias y de sí misma; ésta es la función purificadora de un primer libro.

El mundo varado, 11-XI-1969, p. 13



Isabel Edwards, "cartas a un ladrón" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Isabel Edwards, "cartas a un ladrón" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile